

Robespierre se opuso á adquirir todo compromiso, y sin duda tuvo razón.

Los acontecimientos acusaban á la Gironda. Las malas noticias que se recibían respecto á victorias alcanzadas por los realistas y la resistencia de los girondinos caían como bombas en la Convención.

Formáronse comités girondinos en los departamentos del Oeste.

Se conoció después la victoria de los vendeanos en Saumur, su organización militar, compuesta con fuerzas de Burdeos, de Evreux, de Marsella, las amenazadoras palabras de algunos departamentos contra la Convención.

La Montaña, los Jacobinos, los mejores patriotas encontrábanse en un caso que bien puede creerse irresoluble por su ignorancia de las cosas. Era imposible creer también que los hechos que llegaban á su conocimiento no tuviesen relación entre ellos. La noche del 12, cuando Robespierre anunció la derrota de Saumur que colocaba á los girondinos en la carretera de París, el furor estalló con toda su fuerza contra los girondinos, contra la derecha de la Convención.

El honesto Legendre dijo que era necesario detener, arrestar á los diputados de la derecha y tenerlos en rehenes.

Un montañés franco y leal como su espada, el valiente Bourbotte, envió desde el Oeste la prueba de que uno de los girondinos era realista.

Los girondinos del Calvados, Petion, Buzot, etc., heridos por los acontecimientos, abrumados por la pesadumbre, dejáronse dominar por las gentes. Estos tenían por jefe militar un realista constitucional (Wimpfen). Louvet, que vió desde muy lejos, advirtió los peligros á Buzot y Petion, diciéndoles que aquel hombre era un realista y un traidor. Respondieron los dos girondinos que lo tenían por hombre de honor y que él solo tenía la confianza de las tropas normandas. Wimpfen no tardó en desenmascararse y habló de un llamamiento á los ingleses. Los girondinos se negaron á ello, pero no por esto se perdieron menos; parecía que se habían hecho merecedores de su suerte.

Todo esto hizo creer definitivamente en que la Gironda estaba aliada con la Vendée.

El día 13 recibió la noticia la Asamblea de la derrota de Saumur y una carta insolente de Wimpfen anunciando que había arrestado á dos de sus miembros.

Danton, acusado en los Cordeleros y los Jacobinos, creyó llegado el momento de hablar para no perderse. Inyectivó contra la Gironda.

Couthon aprovechó estos momentos en que la Asamblea parecía colocarse resueltamente al lado de Danton, proponiendo y haciendo aprobar «que el 31 de Mayo y el 2 de Junio, el Consejo revolucionario de la Comuna y el pueblo acudieron á salvar la libertad, la unidad, la individualidad en la República.»

### ROBESPIERRE ENTRE LA GIRONDA Y LOS «ENRAGES»

Robespierre había vencido y el mismo 13 de Junio entró realmente en el comité por sus hombres Couthon y Saint-Just.

Delmas, que siendo quien era había pretendido defender una administración inculpada, fué combatido por los Jacobinos. Creó sin embargo un medio de justificación abriendo las puertas del comité á los robepieristas y el 13, propuso una distribución del comité en secciones de las cuales hizo la mejor parte para ellos.

La sección, principal la que entendía en todo lo importante (*correspondencia general*) se componía de Couthon y Saint-Just, del jurista Berlier, hombre raro, nada político, y que apenas conocía á sus colegas. El cuarto miembro era Cambon, inquieto, absorto en el infierno de nuestra hacienda, viviendo, comiendo y durmiendo de la Tesorería, devorado por las mil necesidades interiores y de la guerra y siguiendo en el caos de su nueva creación.

Desde luego la sección principal se comprende que estaba entregada á dos hombres solamente. Esta sección de la correspondencia general no correspondía solo por escrito, si no también de viva voz á los miembros de la Convención, á las diputaciones, á los particulares. Cuantos necesitaban algo del comité de Salud pública eran escuchados por Couthon y Saint-Just, que de un modo original parecían clavarse en la inmovilidad. Couthon era frío por naturaleza, parado, y en su dulzura aparente veíase la dureza de las montañas de su país de Auvernia. El caballero Saint-Just (como lo llamó Desmoulins) en su asombrosa rigidez jacobina, el cuello fuertemente atado por una corbata blanca, volvía todo el cuerpo cuando había de volver la cabeza. Vivía inmóvil en sí mismo y con dificultad se le transportaba de una parte á otra. Es cierto que en la confusión que reinaba no se hubiera podido encontrar un carácter, la imagen de un hombre más reflexivo.

Esta rigidez draconiana de los dos hombres de Robespierre les daba mucha autoridad. ¿Si así son los discípulos qué será el maestro? decían. La fuerza moral especialmente radicó en el golpe que dieron á los cordeleros, á los *enragés*, que en estos momentos se habían apoderado del club.

Habían tomado el papel de Marat, sus tesis más violentas y mezclaban en sus invectivas contra la Constitución sus ataques á Robespierre.

El día 24 el más exaltado de los *enragés*, Jacques Roux, en nombre de su sección, la de Gravilliers, aportó una violenta petición, adornándola con admirables improvisaciones. Todo era absurdo en esta furibunda petición. Reprochaba á la Montaña porque vivía estérilmente acostada sobre la «roca de la inmovilidad» sin hacer nada.

Con despiadado buen sentido aplaudieron las tribunas. La Montaña se enfureció. Se levantó en masa con Thuriot á la cabeza contra el importuno orador, y Legendre hizo que fuera arrojado de la barra.

¿Qué era en el fondo Roux? Sus discursos notablemente mutilados, su vida violentamente apagada por un sorprendente acuerdo de todos los partidos, no nos lo permiten adivinar.

Le vemos unido, en la época en que todos le maldecían, á Varlet unas veces, otras á Leclerc, el joven lionés, amigo de Charlier que en Mayo vino á establecerse á París con su amante Rosa Lacombe, jefe y centro de todas las *mujeres revolucionarias*. ¿Cuáles eran las doctrinas de Roux? ¿Hasta qué extremo estaba de relaciones y compromisos con Lion, con Charlier, su apóstol?

No podemos responder á estas cuestiones.

Nos faltan los registros de los Cordeleros pertenecientes á esta época.

Aun creo que la Montaña no sabía más que nosotros y que no quería darse cuenta de este monstruo, objeto de horror. Los *republicanos clásicos* tenían detrás un espectro que marchaba de prisa é iba á ganarles el terreno: el *republicanismo romántico* con cien cabezas, mil escuelas, lo que llamamos, hoy socialismo. Entre unos y otros había un abismo infranqueable: la idea distinta que tenían de la propiedad. Marat, Hebert, aunque en su violencia y su aturdimiento parecía que habían autorizado el pillaje algunas veces, no eran por esto menos defensores de la propiedad.

¿Qué harían los Cordeleros? Habían ordenado la impresión de la petición de Roux. Este y Leclerc, eran sus apóstoles entonces. Las *mujeres revolucionarias* iban á este hogar ardiente y propagaban la disolución, la embriaguez, el éxtasis. Si hubieran continuado así las cosas los Cordeleros hubieran llegado á un comunismo bárbaro, anárquico, al vértigo orgiástico en el que desaparecieron las demagogias antiguas y de la Edad Media.

Estos pensamientos confusamente entrevistos causaban horror á Robespierre, al más sabio de los jacobinos, el más sagaz. Amigo de las ideas limpias y claras, aferrado en sus principios, temblaba al ver la fantástica transformación que sufría la revolución. Temía Robespierre las tentaciones de la miseria, *el hambre mala consejera*, los desbordamientos del pillaje que una vez comenzados no se sabe como detenerlos y más en una población de 700.000 almas, donde hay 100.000 mendigos. El día 26 de Junio las mujeres decomisaron una partida de jabón y se lo distribuyeron al precio que les convino. Se supone que estas violencias eran un efecto de las predicaciones de Roux.

Robespierre el 28 por la noche lanzó una excomunión contra él en los Jacobinos. Roux quiso justificarse en la Comuna. Pero allí Hebert y Chaumette lo acabaron de hundir. Una autoridad soberana lo remató, Marat.

Todo esto parecía muy fuerte. Sin embargo, Robespierre comprendió que esto sería de un efecto pasajero si no eran los mismos partidarios de Roux los que se encargasen de hundirlo, los Cordeleros; así condenado y abandonado por los suyos se retiraría. Robespierre no había estado nunca en los Cordeleros ni había hablado tampoco allí. Profesábales una profunda antipatía que escondió para realizar su intento. Llamó consigo á los amigos suyos que tenía en alta estima á los Cordeleros, Collot de Herbois, Hebert y otros jacobinos y en la noche del 30 de Junio se presentó en aquella sociedad.

Los cordeleros no lo esperaban. Semejante visita los aturdió, y más aun cuando una mujer revolucionaria, aliada de Roux y Leclerc, pidió la palabra contra Roux, mofándose de él, contando irónicamente sus excentricidades, ejecutadas en su teatro ordinario, la sección de los Gravilliers. Estos ataques de una mujer que delante de Robespierre y los jacobinos trató á su apóstol como un loco humilló á los cordeleros. Solo uno aventuró pocas palabras en defensa de Roux y Leclerc.

La sociedad debilitase. Borra los nombres de la lista de los miembros y promete desautorizar á Roux en la barra de la Convención.

Los cordeleros en realidad abdicaron.

La mayor parte admitieron empleos, colocaciones oficiales, lucrativas, misiones, delegaciones. Momoro, Vincent, Rousin, uniéronse á Hebert y se dejaron caer en el ministerio de la Guerra. El ministro, el débil Bouchotte, siervo de los clubs y del *Pere Duchesne* quedó prisionero. El furioso y pequeño Vincent fué secretario general de la guerra. Hebert por su *Pere Duchesne* se apoderó de sumas respetables. Rousin, *ex-vaudevillista*, bajo adulador de Lafayette, obtuvo largas recompensas. Nombrado *general-ministro* estuvo también á su cargo el pillaje y la rapiña, la dictadura de la Vendée. Rousin recuerda las más tristes historias de los favoritos de la monarquía. Capitán el 1.º de Julio, el día 2 fué jefe de brigada y el 4 general. Tres meses después y por servicios que merecían el patíbulo se le confirió el puesto de suprema confianza, general del ejército revolucionario.

Estos insensatos eran muy conocidos de Robespierre, quien, cuando pudo, los hizo desaparecer. Entonces le eran necesarios. Dueños de la Comuna, de los Cordeleros, de la prensa popular y sucesores de Marat, querían ser la vanguardia de la Revolución. ¿Si Robespierre hubiese tenido fuerzas suficientes para desenmascararlos ¿qué hubiese ocurrido?

Se temía aun más á los hebertistas que á los *enragés*. ¿Por qué? Por que los hebertistas no representaban ninguna idea, ni doctrina, ni tenían más pretensión que la de sus manejos y de sus intereses. Eran bribones que todos los días eran sorprendidos con las manos en la masa. Los *enragés*, al contrario, eran fanáticos de una fuerza desconocida, transportados por el soplo vago aun de una idea que quizás al fijarse adaptara la forma de una revolución puesta ante la Revolución. Esta necesidad de humillar y mutilar á los cordeleros en su parte más vigo-

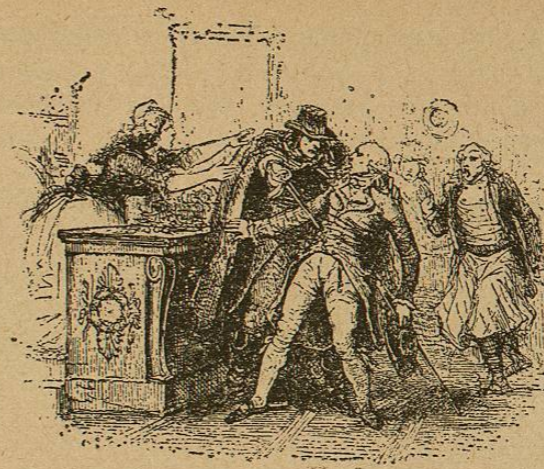
rosa entrañaba para la Montaña y especialmente para Robespierre una necesidad de báscula.

El mismo día en que habló Roux en la Asamblea, conmovida por algunas palabras tiernas de Ducos, decidió que el informe sobre los girondinos se leería al día siguiente 26. Después del discurso de Roux la Asamblea anuló el decreto sobre la proposición de Robespierre.

El relator era Saint-Just. Había mostrado éste sentimientos de moderación, ofreciéndose á ir con Garat á pacificar el Calvados. Su informe leído el 2 de Julio en el comité de Salud pública fué atroz, violento. Los girondinos de Caen eran declarados traidores y los de París cómplices.

Nadie opuso la menor objeción y Danton se hallaba presente. Su firma hállase en el registro.

Este fué el fin del comité. Quedó como guillotinado moralmente. El día 10 de Julio bajo la influencia jacobina revive el comité.



#### CAPITULO IV

##### *Inmovilidad, hastío.—Segundas nupcias de Danton (Junio 93)*

Abatimiento de Marat.—Descorazonamiento general.—Danton contrae segundas nupcias con la hija de una familia realista y ante un cura refractario.

La singularidad de la situación en Junio es que los vencedores, los dueños de la situación, precisamente no pueden hacer nada, están condenados á la inercia.

El furor de los *enragés* colocó á Robespierre en una especial posición. Sin dar un golpe contra la derecha, ni contra la izquierda, ni avanzando ni retrocediendo, Robespierre y Marat encontráronse en la inercia de un miserable equilibrio. ¡Marat constituido en guardador del orden de la sociedad!

Según toda apariencia esta enfermedad fué la que lo mató.

Fatigado antes del 2 de Junio, aun no puede decirse que estuviera enfermo. Desde el 3 se inició la dolencia. La Asamblea apenas escucha una carta de Marat que pasa á la orden del día, diciendo que irá á la Convención el día en que se lea el informe de los girondinos. Sin causa el día 17 aparece en la Asamblea. Ausente ó presente Marat se agita. La desdeñosa desatención de la Asamblea le da á entender que ha perdido ya las avanzadas. La necesidad cotidiana de detener el impulso de los *enragés* le entristecía. ¿Marat moderado? ¿De que otra enfermedad podía morir Marat?

No era solamente Marat el enfermo. ¿Quién no lo estaba? Existía un general y doloroso descorazonamiento.

Este dolor tenía mil causas. La más fuerte quizás era la fatal contradicción de discursos é ideas. Se gritaba tanto que bajo la violencia de la palabra podía ocultarse la falta de fe, el entibiamiento interior.